La atención no es la función

Por el Dr. Peter Beddow, BCBA-D



La atención no es el final de la función de la conducta. Es una ventana hacia ella.

Hoy estaba trabajando con un niño que estaba teniendo una rabieta. Acababa de llegar a una escuela, y el niño estaba en la enfermería recibiendo su medicamento, que toma a las 10:00 de la mañana. Decía: «No quiero volver a la clase. Quiero irme a casa».

Estaba con uno de los adultos de su salón y, mientras ella lo acompañaba de regreso a la clase, se fue agitando cada vez más. Empezó a agitar los brazos y, en un momento, arrancó del pasillo el papel de otro estudiante que estaba pegado a la pared.

Yo estaba en el edificio para capacitar al equipo del salón sobre cómo manejar la conducta de los estudiantes, así que aproveché la oportunidad para hacerle una recomendación a la maestra. Le sugerí que procediera intencionalmente y que considerara hablar con él fuera del salón, ayudándolo a calmarse antes de llevarlo de nuevo adentro.

Lo siguiente que supe fue que había corrido hacia el salón y había empezado a agarrar objetos y lanzarlos. Inmediatamente me agaché a su nivel y comencé a hablarle mientras impedía que me golpeara. Usé las manos abiertas para asegurarme de no agarrarlo ni sujetarlo de ninguna manera. Le dije que no estaba enojado con él y que no estaba en problemas.

Siguió intentando golpearme y agarrarme, pero yo continué hablándole con calma. Finalmente, empezó a tranquilizarse y pudo volver a su escritorio.

Ahora bien, esta era un aula de conducta y los adultos que estaban allí tenían experiencia trabajando con estudiantes que presentan dificultades conductuales. Yo estaba allí para ayudar a capacitar al equipo y uno de mis colegas había observado la interacción.

Después, ella dijo algo que me sorprendió.

«Yo no me habría agachado a su nivel de esa manera, porque no habría querido darle esa atención».

Expresó preocupación porque la atención estuviera reforzando su conducta e insinuó que, al agacharme a su nivel, le estaba dando precisamente aquello que mantenía su conducta. Explicó que ella se habría quedado de pie, habría apartado el cuerpo de él y habría intentado ignorar la conducta.

Entendí su preocupación. Después de todo, sabemos que la atención puede reforzar la conducta problemática. Si un niño presenta una conducta problemática para obtener la atención de los adultos, darle atención después de esa conducta puede aumentar la probabilidad de que la conducta vuelva a ocurrir.

Pero creo que a veces pasamos por alto algo muy importante cuando detenemos nuestro análisis en la atención.

¿Qué estaba reforzando realmente?

Primero, debo explicar que este era un niño muy pequeño. Si me hubiera quedado de pie, hubiera apartado el cuerpo y hubiera intentado ignorar su conducta, probablemente habría seguido agarrando y lanzando cosas, arrancando papeles de las paredes, volcando escritorios y posiblemente dañando cosas dentro del salón.

Pero al agacharme a su nivel, estaba haciendo varias cosas intencionalmente.

Primero, le estaba mostrando que yo no estaba allí para hacerle daño ni siquiera para reprenderlo. Segundo, le estaba mostrando que su conducta no me daba miedo ni me hacía sentir amenazado. Tercero, al agacharme a su nivel podía mirarlo a los ojos y mostrarle, mediante mi expresión y el tono de mi voz, que no estaba molesto con él y que estaba allí para ayudarlo.

Esas cosas importaban.

Ahora bien, aquello a lo que no presté atención fue al hecho de que gritaba: «Quiero irme a casa». El adulto que lo había llevado de regreso desde la enfermería ya había abordado esa cuestión. Habían tenido esa conversación mientras caminaban por el pasillo. La pregunta ya se había hecho y respondido, así que no continué esa conversación.

Mientras estaba en el suelo, también intentaba golpearme. Yo no estaba prestando atención a los golpes. Los bloqueaba, pero lo hacía con toda la calma posible para poder seguir hablándole con voz tranquila. No lo estaba reprendiendo por golpearme, no estaba reaccionando emocionalmente ni permitía que los golpes cambiaran la manera en que interactuaba con él.

Por último, no estaba prestando atención a los gritos ni a los alaridos.

A lo que sí prestaba atención era a cuando su cuerpo estaba tranquilo. Prestaba atención a cuando me miraba a los ojos. Prestaba atención a cuando usaba una voz baja. Prestaba atención a cuando dejaba de intentar escapar.

Al prestar atención a esas cosas, estaba recibiendo la atención que necesitaba por las conductas a las que era apropiado prestar atención. Y las conductas a las que no era apropiado prestar atención no recibían la misma respuesta.

Sus golpes no lograron cambiar la interacción. Sus gritos no crearon drama ni alarma. Y finalmente, cuando se dio cuenta de que el adulto que tenía enfrente no estaba allí para hacerle daño, quitarle algo o impedirle obtener algo que necesitaba, se calmó y pudo continuar con su día.

Sí, le estaba dando atención. Pero estaba siendo intencional acerca de a qué prestaba atención, cómo lo hacía y por qué.

Y creo que esa distinción es enormemente importante.

La atención no es el final de la función de la conducta

Creo que es importante recordar que la atención no es el final de la función de la conducta. Es una ventana hacia ella.

Sí, la conducta puede cumplir la función de obtener atención. Pero detrás de esa atención hay algo que el niño quiere o necesita, o que percibe que quiere o necesita.

Incluso cuando parece que la conducta se mantiene por la atención —cuando un niño grita, salta sobre los muebles, se escapa o crea una situación en la que los adultos tienen que gastar considerablemente más energía de la prevista para abordar la conducta— puede haber algo detrás de esa conducta que el niño quiere o necesita más que simplemente que un adulto lo mire.

Y si nos detenemos en la atención, es posible que no lo veamos.

Un niño podría presentar una conducta mantenida por la atención porque quiere evitar algo que no prefiere hacer. Tal vez no siente que sea bueno para hacerlo. Tal vez tiene un historial de fracasos en esa actividad. Tal vez simplemente no lo disfruta. O quizá ya tiene en mente otra cosa que preferiría estar haciendo.

También podría estar cansado.

Todas esas son posibles razones por las que un niño podría presentar una conducta que obtiene la atención de los adultos y que, en el proceso, distrae a esos adultos de la actividad no preferida que le estaban pidiendo realizar.

En esa situación, la atención puede formar parte del historial de reforzamiento, pero la motivación del niño puede ser considerablemente más compleja que simplemente querer que alguien lo mire o le hable.

Y hay otras posibilidades.

Cuando la conducta mantenida por la atención refleja una necesidad de estimulación

Pensemos en un niño que ha estado sentado quieto, o intentando estarlo, durante mucho tiempo. Tal vez el niño siente que va a saltar de su propia piel, pero le están pidiendo que permanezca callado en el salón o en casa.

Entonces el niño empieza a presentar conductas que hacen que los adultos se levanten y se muevan.

Tal vez se sube a la mesa de la cocina. Tal vez salta de una habitación a otra mientras un adulto lo persigue por la casa. Corre debajo de la cama, tira cosas, se sube a los muebles y crea una situación en la que el adulto tiene que responder.

Desde un punto de vista conductual, esto puede parecer una conducta mantenida por la atención. El niño presenta la conducta, el adulto responde y la interacción continúa. Quizás incluso parezca que el niño disfruta la persecución.

Pero consideremos qué más está ocurriendo.

El niño se está moviendo. El adulto se está moviendo. Hay actividad física, emoción, interacción y estimulación. El niño puede estar recibiendo parte de la información sensorial o del aporte físico que necesita, o que siente que necesita.

Y si detenemos nuestro análisis en la atención, tal vez nunca reconozcamos eso.

Podríamos concluir que la conducta se mantiene por la atención y que la intervención apropiada es la extinción. En otras palabras, si la atención ha reforzado anteriormente la conducta, retiraríamos ese reforzamiento cuando ocurra la conducta.

Así que simplemente dejaríamos de prestar atención al niño cuando se sube a la mesa de la cocina, corre por la habitación, tira cosas y se va desregulando cada vez más.

Pero eso crea un problema evidente. Tenemos a un niño que potencialmente va a dañar cosas o lastimarse, y estamos intentando ignorar la conducta porque hemos identificado la atención como la función.

Más importante aún, podríamos estar perdiendo una oportunidad de abordar la necesidad real del niño.

¿Qué tal si el niño se beneficiaría de tener más oportunidades para moverse físicamente? ¿Qué tal si necesita más estimulación sensorial a lo largo del día? ¿Qué tal si pudiéramos proporcionarle esa estimulación antes de que ocurra la conducta problemática, para reducir cualquier sensación de privación que el niño esté experimentando?

Tal vez el niño no está moviendo suficientemente el cuerpo. Tal vez no está recibiendo suficiente aporte físico. Tal vez le han pedido que permanezca quieto y callado durante más tiempo del que puede tolerar cómodamente.

Si ese es el caso, simplemente retirar la atención no hace nada para abordar esas circunstancias.

Podríamos reducir la conducta problemática de manera mucho más eficaz si organizamos de antemano oportunidades para el movimiento, la actividad física u otra estimulación apropiada, en vez de esperar hasta que el niño se desregule y entonces intentar ignorar la conducta.

Esa es una manera muy diferente de abordar la intervención.

Tenemos que mirar más allá del reforzador inmediato

Esto es lo que creo que a veces perdemos cuando identificamos la función de una conducta y tratamos esa identificación como el final de nuestro análisis.

Identificamos la atención como el reforzador y entonces concluimos que la intervención debe consistir en retirar la atención.

Pero ¿por qué quiere el niño esa atención?

¿Qué está haciendo la atención por el niño? ¿Qué está ocurriendo en el entorno del niño que hace valiosa esa atención? ¿Qué experiencias, interacciones, actividades o cambios en el entorno están relacionados con obtenerla?

Esas preguntas importan porque la atención no siempre es valiosa por la misma razón.

A veces un niño quiere tranquilidad. A veces quiere ayuda. A veces quiere que un adulto reconozca que está teniendo dificultades. A veces quiere escapar de una situación desagradable. A veces quiere estimulación, movimiento o interacción. A veces quiere sentirse seguro.

Y a veces puede no tener las habilidades de comunicación, las habilidades de regulación emocional o el repertorio conductual necesarios para obtener esas cosas de una manera más apropiada.

Así que presenta las conductas que le han funcionado antes.

Si simplemente identificamos esas conductas como mantenidas por la atención y después retiramos la atención, podríamos estar pasando por alto precisamente las circunstancias que hacen probable que ocurra la conducta.

Esto no significa que debamos reforzar la conducta problemática. No significa que debamos responder de manera dramática a los gritos, los golpes o la agresión. Y desde luego no significa que debamos abandonar los principios del reforzamiento y la extinción.

Significa que tenemos que ser más reflexivos acerca de cómo los aplicamos.

Tenemos que distinguir entre prestar atención a la conducta problemática y prestar atención al niño. No son necesariamente lo mismo.

Podemos estar presentes con un niño sin reforzar cada conducta que presenta. Podemos ofrecer tranquilidad sin crear una reacción dramática ante la agresión. Podemos mantenernos tranquilos, atentos y comprensivos mientras reforzamos deliberadamente las conductas que queremos ver con más frecuencia.

Y podemos mirar más allá de las consecuencias inmediatas de la conducta para comprender las condiciones que hacen valiosas esas consecuencias en primer lugar.

El niño en el salón de clases

Cuando pienso en el niño con el que trabajé hoy, no creo que agacharme a su nivel y hablarle con calma haya sido un error simplemente porque le estaba dando atención.

Creo que mi atención cumplió un propósito.

Le estaba mostrando que estaba seguro. Le estaba mostrando que yo no estaba enojado. Le estaba mostrando que no le tenía miedo y que su conducta no iba a hacer que yo me volviera amenazante o me alterara.

Al mismo tiempo, no estaba permitiendo que los golpes, los gritos o los alaridos controlaran la interacción. Bloqueaba la agresión con calma, mantenía una voz baja y prestaba atención a los momentos en que empezaba a demostrar una conducta más apropiada.

No estaba ignorando al niño. Estaba seleccionando cuidadosamente las conductas que reforzaba.

Y el resultado fue que se calmó y volvió a su escritorio.

Por supuesto, una sola interacción no establece la función de una conducta ni demuestra qué componente de una intervención fue responsable del resultado. Pero sí ilustra algo que creo que es importante que consideren los maestros, los padres, los técnicos de conducta y los analistas de conducta.

No debemos confundir retirar el reforzamiento de la conducta problemática con retirar la atención, la tranquilidad o el apoyo que un niño pueda necesitar.

Son dos cosas muy diferentes.

El objetivo no es simplemente lograr que la conducta problemática se detenga. El objetivo es comprender por qué está ocurriendo, qué intenta lograr el niño y cómo podemos ayudarlo a satisfacer esa necesidad de una manera más apropiada.

Y para eso tenemos que mirar más allá de la etiqueta de la función.

Porque la atención no es el final. No puede serlo.

Detrás de cada conducta hay un deseo o una necesidad, o un deseo o una necesidad percibidos. Y desde la perspectiva del niño, pueden ser esencialmente lo mismo.

Nuestro trabajo es comprender cuál es ese deseo o esa necesidad y ayudar al niño a encontrar una mejor manera de satisfacerlo.

Referencias

Hanley, G. P., Iwata, B. A., & McCord, B. E. (2003). Functional analysis of problem behavior: A review. *Journal of Applied Behavior Analysis, 36*(2), 147–185. https://doi.org/10.1901/jaba.2003.36-147

Michael, J. (2000). Implications and refinements of the establishing operation concept. *Journal of Applied Behavior Analysis, 33*(4), 401–410. https://doi.org/10.1901/jaba.2000.33-401

Querim, A. C., Iwata, B. A., Roscoe, E. M., Schlichenmeyer, K. J., Virués-Ortega, J., & Hurl, K. E. (2013). Functional analysis screening for problem behavior maintained by automatic reinforcement. *Journal of Applied Behavior Analysis, 46*(1), 47–60. https://doi.org/10.1002/jaba.26

Seguir aprendiendo

Abra el recurso complementario y elija el siguiente paso práctico.

https://accessiblebehavior.com/go/la-atenci-n-no-es-la-funci-n

Sobre el autor

Docente de corazón, analista de conducta y escritor, el Dr. Peter Beddow lleva más de dos décadas ayudando a niños, familias y equipos escolares a abordar el autismo, la conducta, el trauma y las diferencias de aprendizaje con claridad, estructura y esperanza. Estudió Literatura Inglesa y Escritura Creativa en Middlebury College y obtuvo un doctorado en Educación Especial en Peabody College de Vanderbilt University, donde su trabajo se centró en la equidad, el aprendizaje y el acceso en la evaluación. Peter ha trabajado como docente, educador especial, director clínico, consultor y analista de conducta certificado en hogares, escuelas y clínicas. Fundó Accessible Hope, una organización del área de Nashville que apoya a familias diversas, y escribe y enseña enfoques prácticos y humanos sobre la conducta y el aprendizaje.

Proveedor autorizado de educación continua (ACE): Accessible Behavior, LLC · Número de proveedor OP-26-12875.

Alcance y seguridad

Este artículo ofrece información educativa general. No constituye asesoramiento médico, conductual, de salud mental, legal ni de emergencia individualizado. El apoyo individual debe tener en cuenta la comunicación, la salud, la seguridad, las necesidades relacionadas con la discapacidad, la cultura y el contexto de la persona que aprende.

Cómo citar este recurso

Beddow, P. (s. f.). La atención no es la función. Accessible Behavior. https://accessiblebehavior.com/go/la-atenci-n-no-es-la-funci-n

Copyright © s. f. Accessible Behavior. Todos los derechos reservados.

Artículo publicado: local review package